**LA SOCIEDAD DEL CONSUMO**

**(03/12/2017)**

Queridos diocesanos:

 Los Medios de comunicación social, especialmente los audiovisuales, comienzan su bombardeo publicitario para que consumamos los productos típicos de la Navidad: mariscos, carnes, dulces, loterías, juguetes, colonias, ropas y un largo etcétera. La sociedad del consumo en la que estamos instalados tiene su fundamento en la sacralización de los deseos, en la fantasía y en la satisfacción de esos deseos y fantasías inmediatamente. Los publicistas conocen muy bien los resortes internos de los deseos del hombre para convertirlos en necesidades artificiales con el único objeto de atraerlos para que consumamos sin ninguna regla ni condición.

 No podemos caer en la trampa del consumismo ni volver a organizar la economía sobre el consumo como se ha hecho en décadas anteriores con el resultado catastrófico que todos hemos padecido. Debemos consumir con responsabilidad, con inteligencia y sobriedad. ¡Claro que tenemos que satisfacer nuestras necesidades básicas para poder sobrevivir! Pero no es de recibo gastar el dinero que no tenemos en la cartera para aparentar ante los demás o darnos placeres que nos destruyen física o espiritualmente.

 Este consumo desenfrenado de la Navidad tuvo en sí una raíz buena y noble nacida de la alegría porque Dios derrochó su gracia dándonos a conocer su voluntad por medio de su Hijo Jesucristo que asumió nuestra carne. Este es el motivo de la alegría navideña que los cristianos debemos preservar y preparar durante las cuatro semanas del Adviento. Un tiempo que ha de suscitar en notros el profundo deseo provocado por la esperanza cristiana de vivir la bienaventuranza en Reino de Dios para siempre. Cuando este deseo trascendente se borra del corazón y de la mente del hombre, entonces nos dominan los deseos de aquí abajo que producen una satisfacción inmediata; pero que también nos dejan un vacío interior que nos sume en una angustia vital y en algunos casos en la desesperación.

 Por otra parte, la Navidad nos invita a compartir con los demás, especialmente con los más necesitados. Por eso, cuando vayas con la cesta de la compra a realizar el ritual del consumo en algún centro comercial piensa en aquellos que la sociedad del consumo ha descartado y no pueden satisfacer los deseos más elementales para su supervivencia. Piensa en los más de quince mil inmigrantes sin papeles que han entrado este año en España y pasarán las Navidades hacinados en centros de internamiento o sabe Dios debajo de qué puente; en los más de treinta mil transeúntes que dormirán en las calles si no hay sitio para ellos en albergues; en los menores de edad que no tendrán un hogar cálido y feliz porque sus padres lo han roto; en tantas personas que sufren en el hospital las consecuencias de una enfermedad crónica, en los ancianos solos en las residencias o en las aldeas… Piensa en los demás y comparte con ellos antes de gastar y consumir a tontas y a locas.

 Jeremy Seabook señala que “Los pobres no viven en una cultura diferente de los ricos. Deben vivir en el mismo mundo creado para beneficio de los que tienen dinero. Y su pobreza es agravada tanto por el crecimiento como por la recesión y la falta de crecimiento”. En una sociedad de consumo construida por los deseos de los ricos los pobres siempre se sentirán descartados. Sólo el Dios del amor puede “derribar del trono a los poderosos y enaltecer a los humildes”. Sólo el Señor, con tu ayuda y la mía, puede “despedir a los ricos vacíos y colmar de bienes a los hambrientos”. ¡Feliz Adviento!

Vuestro obispo.

† Juan Antonio, obispo de Astorga